

EL CAMPO Y LA CIUDAD LOS MISMOS POBRES (GAP. Mayo 2005)

La otra cara de la industrialización agrícola: los temporeros



El desarrollo de la actividad agrícola, producto de la alta demanda en las exportaciones no tradicionales, se ha precipitado en forma vertiginosa en los últimos tiempos. Gran variedad de cultivos como paltas, uvas, duraznos y limones, se lucen en los principales mercados mundiales, alimentando a las grandes urbes de las potencias, todo esto facilitado por los tratados internacionales que han hecho de Chile la “joyita” preferida de las economías de los países poderosos.

La inversión de grandes capitales en infraestructura y técnica (maquinaria, productos químicos, etc.) han complejizado el proceso de producción, transformando radicalmente el paisaje rural, impulsando grandes monocultivos que van agotando nuestros suelos aceleradamente. La “agro-industria” es la causante de esta transformación, y su expresión máxima en el campo son los

llamados “packings”, grandes factorías donde los productos de la tierra son sometidos al control de los estándares internacionales y donde todo aquello que no pasa la norma (desechos) es destinado al mercado interno. En términos sencillos, nuestro campo vive de una serie de contradicciones que lo mantienen vivo: producir de calidad para el extranjero y dejar las sobras para el país; generar riqueza para el capital extranjero y entregar miseria a quienes viven en nuestra tierra; asegurar los suelos extranjeros destinados a las urbes y chupar hasta los últimos minerales de nuestro campo; en fin, perpetuar la función colonial de Latinoamérica, que es nada menos que alimentar a las potencias, tanto a sus ciudadanos como a su máquina burguesa.

Volviendo al cotidiano transcurrir del campo chileno, ¿qué pasa con las condiciones de los trabajadores? Hoy, en el campo, muchos empresarios se jactan de que con la producción de sus cultivos están otorgando más empleo para la creciente (y preferentemente joven) población rural. Sin embargo, el tipo de faena que predomina en estas empresas es de tipo

temporal (de ahí el nombre de “temporero”), y esta condición rige las relaciones de poder en los actuales contratos de trabajo que unen al patrón con el empleado. Este poder se consolida debido a las enormes necesidades y pobrezas de las personas, que están dispuestas a trabajar por un sueldo mínimo y bajo las más precarias condiciones laborales.

Facilitados por las actuales leyes de flexibilidad laboral que rigen en Chile, los patrones no han perdido tiempo en acomodar sus contratos en función de encontrar el máximo de utilidad, abaratando sus costos y optando por lo más fácil: disminuir el sueldo de los empleados. Contratos que van desde un mes, tres o seis máximo, significan para el patrón ahorrarse el mes por año, los aguinaldos, y, en fin, reducir todo personal de planta con mayor tiempo de antigüedad con el objetivo de reemplazarlo por trabajadores jóvenes de fácil recambio. Esto ha transformado a esta población en una gran masa laboral inestable, incapaz de generar algún tipo de proyección con respecto a sus vidas como pobladores y padres de familia. Por otra parte, los bajos índices de escolaridad han ayudado a afianzar el concepto de “mano de obra barata”, tan apetecido por las aves de rapiña del empresariado del campo chileno. Debido a que ya no existe aquel huerto familiar para salvar la “olla diaria”, la única salida ha sido entregar los brazos a estos terratenientes, que prácticamente controlan estos sectores con sus grandes propiedades, que a su paso han absorbido por completo a los pequeños agricultores.

Y no sólo los contratos son indignos. También lo son las condiciones del trabajo mismo, que van desde la aplicación de plaguicidas sin las mínimas condiciones de seguridad, hasta los medios de transporte en que son trasladados los pobladores de provincias cercanas y pueblos vecinos que trabajan en estas faenas, los cuales han sido causa de muchos accidentes.



La gran cantidad de personal que demandan las faenas de estos extensos monocultivos ha motivado la migración temporal de trabajadores de otras provincias, e incluso de ciudades adyacentes, lo que ha hecho desaparecer el recuerdo de aquel “campesino con ojotas” que sembraba y cosechaba de sol a sol. Hoy esta imagen idealizada ha sido reemplazada por una variedad de personas que han roto el vínculo con la tierra misma, pero que no se diferencian de los anteriores en su condición de explotados.

Detrás de esta gran estructura del despojo, la vida del obrero del campo transcurre en la faena desde las 6 AM hasta las 8 PM, o incluso más. En el caso puntual de las faenas de la uva, el trabajo se ejecuta en turnos que pueden extenderse hasta las 4 o 5 AM.

Las precarias condiciones de trabajo producen en el cuerpo del trabajador, una profunda huella de sacrificios y problemas de salud, que van desde las malformaciones de la columna, tendinitis, lumbagos, etc., hasta la limitación de sus relaciones familiares producto de las extensas jornadas. A lo anterior, se debe sumar uno de los flagelos que asota con más fuerza estos sectores rurales: el alcoholismo, que muchas veces se presenta como la única salida a la rutina y letargo de la faena que consumen al trabajador rural. Así como en las poblaciones es la “pasta” la que enajena a los pobladores, en el campo el actor regulador de su inconciencia y subordinación es el alcohol.



Esta es la realidad actual del campo chileno: una amalgama entre las viejas tradiciones y las aflicciones de un nuevo régimen de cultivo, que planta su semilla en estas tierras, esparciendo desigualdad entre quienes producen la tierra y quienes gozan del producto de este trabajo. Sin embargo, crecen en el campo central chileno nuevas generaciones que no sienten aquel tradicional “apego incondicional” al patrón, sino que sólo se ven atados a él por la necesidad de sobrevivir. Esta situación hace que esta creciente masa proletaria contenga intrínsecamente un potencial de rebeldía que constituye un campo inexplorado en el planteamiento de demandas reivindicativas que apuesten a una organización y a la construcción de poder popular.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

